



*Discurso del Excmo. y Magnífico
Rector de la Universidad de Córdoba*

Excmas. e Ilmas. Autoridades

Claustales de la Universidad de Córdoba, Sras. y Sres.

No son muchos los cordobeses a los que, a lo largo de sus veinticinco años de existencia, nuestra Universidad ha distinguido como doctores honoris causa. Quizá en su propia juventud esté uno de los factores determinantes de esta circunstancia. Pero, pese a su relativa brevedad, sin duda es enormemente expresiva de los vínculos científicos y académicos contraídos por nuestra institución a lo largo de todo este tiempo. Maestros entrañables y universales, científicos de primer rango en sus respectivas disciplinas, literatos y artistas de reconocido prestigio.... Su proyección y sus contribuciones en el terreno de la Ciencia y de la Cultura, combinadas con su influencia intelectual, cuando no con la propia relación personal con la Universidad cordobesa, han estado en la base de los reconocimientos realizados por nuestra Institución.

Hoy esta lista se enriquece al tiempo que se amplían también las motivaciones de nuestros reconocimientos. En la actualidad cada vez es un fenómeno más generalizado, especialmente entre los países desarrollados, que buena parte de las actividades de carácter formativo o cultural, sean costeadas, de forma altruista, no por sus organizadores, sino por entidades patrocinadoras cuyo quehacer, muchas veces, nada tiene que ver con los ámbitos del saber, de las artes, o de las necesidades sociales. Es una conducta con la que también, en la mayoría de las ocasiones, se busca una determinada imagen, una proyección social, la difusión de un producto o la asociación de determinados valores a la actividad del patrocinador.

Sin embargo, no es menos cierto que en otros muchos casos este patrocinio tiene su origen en la sensibilidad hacia el desarrollo y progreso de la sociedad, por entender que de él se derivan beneficios genéricos de todo orden, que a todos enriquecen. Y que su ejercicio puede abrir nuevas perspectivas a sectores de la comunidad a los que no llegan los recursos necesarios, o al menos no del modo suficiente, para lograr eficazmente sus objetivos.

Dentro de estas consideraciones los ciudadanos del siglo XX —ya casi del siglo XXI— no somos sino herederos de una larga tradición en este tipo de ini-



ciativas que, como se ha encargado de recordarnos el profesor Joaquín Mella-do en su brillante exposición de los méritos del doctorando, hoy calificamos de mecenazgo haciendo honor al nombre del noble patricio romano que supo constituirse en su paradigma. Pero antes de que las iniciativas del noble Cayo Mecenás, acunasen este término ya existía el de *patrocinium* –patrocinio o patronazgo– para hacer referencia a la inversión de recursos por terceros en obras o proyectos de interés colectivo. Y aún hoy podemos observar en algunos de los campus más añejos de Europa referencias a la munificencia que hizo posibles muchas de sus realizaciones, si bien el valor semántico de este término en su origen no se corresponde exactamente con su actual heredero castellano. Desde entonces, pasando por el Renacimiento y siguiendo por la Ilustración y otros períodos históricos, es fácil seguir el camino de mecenas y patrocinadores hasta llegar a los actuales sponsors.

Muchas son las actividades a las que a lo largo de todo ese tiempo se ha aplicado el mecenazgo, pero sin duda uno de los terrenos en el que ha jugado un papel determinante es en el surgimiento y desarrollo de las universidades. Desde su aparición en la Edad Media hasta la actualidad buena parte de la historia de la institución y de sus campus más prestigiosos es también una historia de aportaciones y patrocinios. Porque, ya desde la Edad Media, los recursos propios universitarios derivados de tasas y dispensas eran insuficientes, como

lo era la infraestructura material, y se hacía preciso acudir a la captación de recursos externos.

El presidente de la Academia Polaca de Ciencias y profesor emérito de historia en la Universidad de Varsovia, Alexander Gleysztor, uno de los mejores conocedores de la historia de los campus europeos, nos habla en sus investigaciones de cómo buena parte de estas fuentes externas consistían en «regalos, donaciones, concesiones y dotaciones entregadas para el apoyo permanente de la Universidad» que se añadían a los fondos procurados por la Corona o la ciudad. Aportaciones que, en muy amplia medida, contribuían a paliar la carencia de medios e infraestructuras en que se desenvolvía la institución. Muchas de las principales universidades alemanas e inglesas se nutrieron de estas fuentes y de ello es buena muestra, por lo que puede tener de simbólico, el primer edificio académico oficial de Oxford —la Congregation House— que data de 1320 y fue donado por el obispo de Worcester. Por no hablar de otros edificios de importancia como la Divinity School y las escuelas de otras facultades, incorporadas a la actual Bodleian Library, que fueron erigidas en el siglo XV a costa de benefactores individuales.

Estas breves pinceladas históricas, podríamos también situarlas en otras épocas y lugares con protagonistas, sistemas y mecanismos diferentes, hasta llegar a los modernos campus estadounidenses o hasta las propuestas legislativas que actualmente se barajan en el seno de la Unión Europea. Pero en todas ellas late un elemento común que nos habla de la identificación de la sociedad, de sus instituciones o de miembros relevantes de la misma con su universidad y con cuanto ella representa de beneficioso para la persona, para la ciudad, para el país, para el bienestar común, el desarrollo y el progreso.

En este contexto la Universidad de Córdoba se honra hoy en acoger, por primera vez, en su claustro de doctores a una de esas personas que han sabido ser sensibles hacia cuanto significa la institución universitaria hasta el punto de hacerla objeto de su mecenazgo. Tanto Miguel Castilloj Gorraiz como la entidad que hoy preside se han distinguido, desde la creación del campus cordobés, por una actitud de patrocinio, continuada y plasmada en realizaciones concretas, en beneficio del conjunto de la Universidad. Patrocinio que se ha extendido a toda una serie de actividades docentes, científicas y culturales y que se amplía a la aportación de infraestructuras o equipamientos, la creación de servicios o la financiación de fundaciones de carácter universitario.

Se trata sin duda de una actitud que no sólo beneficia a la Universidad cordobesa, sino a todo su entorno, a los ciudadanos cordobeses, a nuestra comunidad autónoma y a la sociedad en general. Una actitud, nacida de profundas convicciones intelectuales y humanísticas, que no viene a ser sino expresión de la constante preocupación de Miguel Castilloj tanto por el desarrollo personal, social y cultural del ser humano como por el aumento de su bienestar y calidad de vida y que se proyecta a través de la labor de una entidad, como en este caso CajaSur, con especial vocación hacia la satisfacción de estos fines.

Damos, al mismo tiempo la bienvenida a un hombre preocupado, como sacerdote, por lo trascendente y por sus semejantes y, por ello, también consciente de que la forma más pura de mecenazgo es la generosidad ejercida sin otro motivo que la satisfacción derivada de compartir algo con quien no lo tiene. Junto a él recibimos también al ejecutivo siempre atento a la realidad de su entorno socioeconómico y a prestar su apoyo a cuantas iniciativas contribuyan a potenciarlo. Y por último saludamos también al docente, que durante varios años compartió inquietudes y tareas en nuestras aulas como expresión de una vocación, en su día sacrificada en aras de otras responsabilidades, pero que sin duda aún conserva en lo profundo de su corazón.

Al subrayar su labor de mecenazgo, que estamos seguros proseguirá y se acrecentará con el tiempo, nuestra institución no hace sino llevar también al ánimo de ciudadanos, entidades y empresas la necesidad de ampliar y generalizar este tipo de conductas, compartiendo objetivos y diseñando estrategias, como el mejor medio de reforzar los vínculos que deben siempre existir entre el Alma Mater cordobesa y la sociedad que la hace posible y a la que sirve. Algo que el propio himno universitario nos va a recordar a continuación, en una de sus estrofas, con estas palabras latinas: *vivat nostra civitas, maecenatum charitas, quae nos hic protegit.*